

Esta sección habla acerca de la forma en la que los creyentes oran y las expectativas que estos tienen sobre de la oración.

La oración es fruto de la vida santificada del cristiano

La oración es la comunión del corazón con Dios

La oración es parte importante de la vida de santificación del creyente. Daniel dedicaba tres momentos del día para la oración (Dn. 6:10). Nuestro Señor y Salvador Jesús siempre dedicaba tiempo a la oración (Mt. 14:23): antes de elegir a los doce apóstoles, pasó la noche en oración (Lc. 6:12); oró fervientemente en Getsemaní en la inminencia del sufrimiento que iba a padecer por los pecados del mundo (Lc. 22:39-46). Pablo habla de las oraciones que hacía por las iglesias a las que había servido (Ef. 1:16; Flp. 1:4; Col. 1:3; 1 Ts. 1:2; 3:10-13). Escribe: “Orad sin cesar” (1 Ts. 5:17). La oración es la atmósfera en que vivimos.

La oración es la comunión del corazón del creyente con Dios, la comunión de su alma con el Dios de su salvación. Como lo expresa el escritor del himno:

**1 La oración es el deseo sincero del alma
Pronunciado o no expresado
El movimiento de un fuego oculto
Que vibra en el pecho.**

**2 La oración es la carga de un suspiro,
La lagrima que cae
La mirada del ojo hacía arriba
Cuando nadie más que Dios está cerca.**

**4 La oración es el aliento vital del cristiano
Aire nativo del cristiano
Su consigna a las puertas de la muerte:
Él entra al cielo con oración (TLH 454:1,2,5)**

El salmista declara: “Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Oh Jehová, roca mía, y redentor mío”. (Sal. 19:14). La oración se puede expresar verbalmente, pero sin el corazón no es más que palabrería inútil. Jesús advirtió: “Y al orar, no hablen solo por hablar como hacen los gentiles, porque ellos se imaginan que serán escuchados por sus muchas palabras” (Mt. 6:7 NVI). Los profetas de Baal dijeron muchas palabras, pero no hubo respuesta a sus peticiones (1 R. 18:26-29), porque Baal no era un dios y las palabras no eran oraciones sino palabrería inútil.

La oración puede ser el solo deseo del corazón que se presenta delante de Dios por medio de Cristo; como escribe el salmista: “El deseo de los humildes oíste, oh Jehová; Tú dispones su corazón, y haces atento tu oído”

(Sal. 10:17). Un suspiro, una lágrima, levantar los ojos al cielo —son reflejos del deseo del corazón. A veces no sabemos ni qué pedir; cuando tenemos angustia del espíritu. El Espíritu Santo intercede por nosotros (Ro. 8:26,27). Como dice el escritor del himno:

**7. Ni ora el hombre solo;
El Espíritu Santo suplica,
Y Jesús, en el trono eterno,
Por los pecadores intercede.** (TLH 454:7)

La oración se dirige al Dios trino solo por medio de Jesucristo

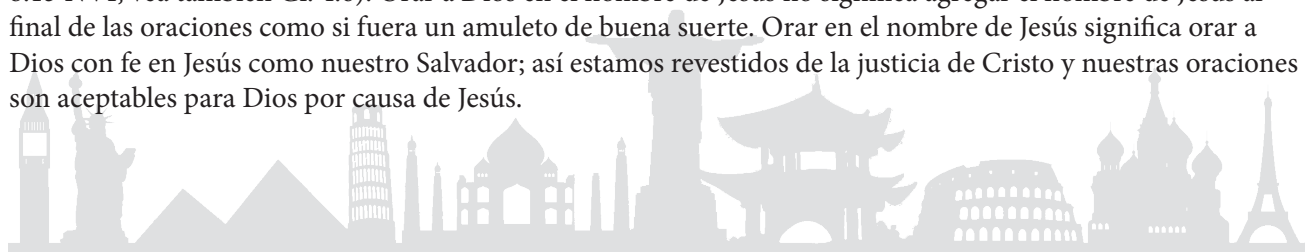
El Señor dice: “Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas” (Is. 42:8). La oración se debe dirigir, entonces solamente al Dios trino. No hay otro Dios; como dice Jesús: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn. 17:3). Cuando el Diablo trató de tentar a Jesús para que lo adorara, Jesús le respondió: “Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás” (Mt. 4:10, vea también Dt. 6:13). El salmista le dice a Dios: “Tú oyes la oración; A ti vendrá toda carne” (Sal. 65:2). El señor nos invita: “E invócame en el día de la angustia; Te libraré, y tú me honrarás.” (Sal. 50:15). Ni aun los ángeles buenos del cielo desean que los adoren; cuando el apóstol Juan se postró para adorar al ángel mensajero que le llevó una gloriosa revelación del cielo, el ángel respondió: “Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios” (Ap. 19:10).

La oración se debe dirigir solo al Dios trino. Pero ¿cómo podemos aproximarnos al Dios santo? ¿Cómo podemos esperar que Dios escuche nuestras oraciones cuando somos tan miserables ante sus ojos? ¿No dijo el Señor: “pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Is. 59:2)? La respuesta es que nos acercamos a Dios mediante su Hijo Jesucristo. Así como el sumo sacerdote del Antiguo Testamento entraba en el lugar santísimo oculto en una nube de incienso para no morir (Lv. 16:12,13), así nos aproximamos al Dios santo y justo por medio de la justicia de su Hijo, Jesucristo. Jesús nos invita y nos anima diciendo: “De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieris al Padre en mi nombre, os lo dará” (Jn. 16:23).

Entonces nos acercamos a Dios con la actitud de Daniel: “no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias” (9:18). Lutero lo dice así, en la explicación de la quinta petición del Padrenuestro:

En esta petición rogamos al Padre celestial que no tome en cuenta nuestros pecados ni por causa de ellos nos niegue lo que le pedimos; pues no somos dignos de recibir nada de lo que imploramos, ni tampoco lo hemos merecido, pero le pedimos quiera Dios darnoslo todo por su gracia, pues diariamente pecamos mucho y con toda certeza solo merecemos el castigo.⁴

Por medio de su Hijo Jesucristo, nos acercamos a Dios como nuestro amado Padre celestial. Como el niño se acerca a su padre terrenal, confiado en que le dará lo que le pide, por medio de Jesucristo nos acercamos a Dios con mayor seguridad. Como escribe Pablo: “Ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu [el Espíritu Santo] que los adopta como hijos y les permite clamar: ‘Abba, Padre’” (Ro. 8:15 NVI; vea también Gl. 4:6). Orar a Dios en el nombre de Jesús no significa agregar el nombre de Jesús al final de las oraciones como si fuera un amuleto de buena suerte. Orar en el nombre de Jesús significa orar a Dios con fe en Jesús como nuestro Salvador; así estamos revestidos de la justicia de Cristo y nuestras oraciones son aceptables para Dios por causa de Jesús.



Nos acercamos a Dios por medio de Jesús, porque Jesús es el único mediador entre Dios y los hombres. Pablo escribe: “Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Ti, 2:5,6). El escritor a los hebreos declara: “Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.” (4:14-16). Juan escribe: “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Jn. 2:1,2).

Por lo tanto, debemos rechazar las oraciones de Roma a María y a los santos. Roma dice que: la forma más alta de adoración se le da a Dios (*latría*—adoración suprema), una forma menor de adoración (*hyperdulía*) se le da a María, y una forma aun menor (*dulía*) se les da a los ángeles y a los santos. Pero reverencian a María como *mediatriz* de todas las gracias. Una publicación católica romana lo explica falsamente de esta manera:

En Cristo está la fuente de todas las gracias, pero así como Dios quiso que Cristo viniera a todos los hombres por medio de María, también quiso que todas sus gracias vinieran a todos los hombres por medio de María. Siendo la Madre de Cristo y la Madre de los hombres, ella merece ser el canal idóneo de toda gracia entre su Hijo y sus miembros. Así como Cristo es el único Mediador entre Dios y los hombres, María es la única “mediatriz” entre Cristo y todos los que él ha redimido.⁵

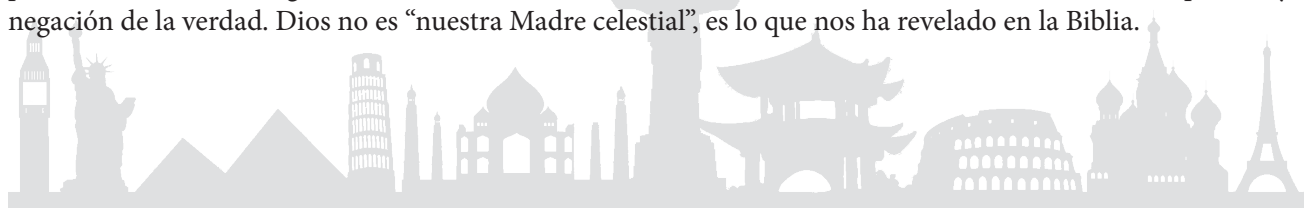
Roma también enseña falsamente que se debe invocar a los ángeles en busca de ayuda. El Concilio de Trento (1545 – 1563) declaró falsamente:

Instruyan, sobre todo fiel y diligentemente, en lo relacionado con la intercesión e invocación de los santos... enseñándoles que los santos que reinan con Cristo ofrecen a Dios sus oraciones por los hombres, que es bueno y benéfico invocarlos y tener el recurso de sus oraciones, ayuda y apoyo para obtener favores de Dios por medio de su Hijo, Jesucristo nuestro Señor... y que piensan impiamente los que niegan que los santos [...] deben ser invocados o los que afirman que ellos no oran por los hombres, o que la invocación que hacemos a ellos para que oren por cada uno es idolatría.⁶

En contra de esta posición, Lutero declaró en los Artículos de Esmalcalda:

Aun cuando los ángeles del cielo, lo mismo que los santos que están sobre la tierra o quizá también los del cielo interceden por nosotros (como Cristo mismo lo hizo también), no se deduce por eso que debamos invocar y adorar a los ángeles, ayunar por ellos, celebrar fiestas y misas, ofrecerles sacrificios, fundar templos, levantar altares, crear cultos especiales para ellos, y servirles de alguna otra manera más, considerándolos como auxiliares, atribuyéndoles diversa clase de poderes ayudadores, a cada uno un poder especial, como enseñan los papistas. Tal cosa es idolatría, pues tal honor solo le corresponde a Dios (AE II II: 26, 27).

También debemos mencionar, en relación con esto, las oraciones a una deidad “genérica” o inespecífica, como lo opuesto a una oración específicamente ofrecida al Dios trino. Las logias fraternas, como la orden masónica, ofrecen oraciones al “Gran Arquitecto” del universo. Lo hacen porque no reconocen al Dios trino como el Dios verdadero. Del mismo modo, las oraciones que se ofrecen a Dios como “Creador, Redentor y Santificador” para no ofender la teología feminista mencionando a Dios como “nuestro Padre celestial”, son una supresión y negación de la verdad. Dios no es “nuestra Madre celestial”, es lo que nos ha revelado en la Biblia.



Los cristianos oran en respuesta a la invitación de Dios

Algunos han cuestionado la necesidad de la oración. Dicen: “Dios lo sabe todo, por lo tanto, sabe lo que necesitamos; Dios es amor, por lo tanto, nos dará lo que necesitemos. Entonces, ¿para qué orar?” Ese razonamiento desdeña los mandatos específicos que nos da Dios de que oremos, lo mismo que el hecho de que la Biblia dice que la oración es un gran privilegio.

Oramos porque necesitamos estar en comunión de Dios. Como escribe David: “Mi corazón ha dicho de ti: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, oh Jehová; No escondas tu rostro de mí. No apartes con ira a tu siervo” (Sal. 27:8,9). No podemos hallar paz aparte de la comunión con Dios. La esencia del cielo es que tendremos la beatífica visión de Dios, contemplando siempre su rostro. De eso, la oración nos da una anticipación en esta vida.

Oramos porque es voluntad de Dios que oremos. Pablo escribe: “Orad sin cesar” (1 Ts. 5:17). Oramos porque Dios nos invita a orar y promete oírnos; Jesús dice: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mt 7:7, 8).

Oramos porque tenemos necesidades para llevar delante de Dios. David oró a Dios cuando huyó de Absalón (Sal. 3). Jesús oró pidiendo fortaleza cuando enfrentó el objetivo de su vida, su sufrimiento por los pecados del mundo (Lc. 22:39-46). El recolector de impuestos oró pidiendo el perdón de Dios (Lc. 18:13). Oramos porque otros tienen necesidades. Abraham oró por Lot (Gn. 18:23-32). El centurión oró para que Jesús ayudara a su siervo enfermo (Mt. 8:6).

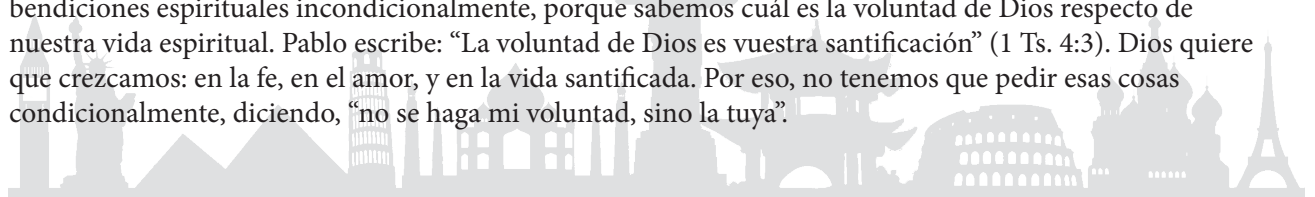
Los cristianos oran de acuerdo con la voluntad de Dios

Dios quiere que le demos gracias en nuestras oraciones. Cuando nos detenemos a contar las bendiciones que Dios nos ha dado en la vida, tanto temporales como espirituales, tenemos mucho que agradecer. Pablo escribe: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Flp. 4:6). Cuando solo uno de los diez leprosos volvió para darle gracias a Jesús por haberlo sanado, Jesús dijo: “¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?” (Lc. 17:18). Cuando recordamos darle gracias a Dios por sus bendiciones, en las oraciones, vemos también que Dios nos ha bendecido ricamente. Eso nos hará capaces de ver en su verdadera perspectiva los problemas que Dios permite que vengan a nuestra vida.

Dios quiere que incluyamos a todas las personas en nuestras oraciones. Pablo escribe: “Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quietos y reposadamente en toda piedad y honestidad” (1 Ti. 2:1,2). Jeremías exhortó a los exiliados en Babilonia a orar pidiendo paz y prosperidad para el lugar a donde habían sido llevados cautivos (Jer. 29:7). Debemos orar hasta por nuestros enemigos; Jesús nos dice que lo hagamos (Mt. 5:44); Jesús oró por sus enemigos mientras sufría en la cruz (Lc. 23:34).

Esteban oró por los que lo estaban lapidando (Hch. 7:60). Recibimos la fuerza para hacerlo del amor que Dios tiene por nosotros (1 Jn. 4:19).

Dios también nos dice que oremos de acuerdo con su voluntad. Juan escribe: “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (1 Jn. 5:14). Oramos pidiendo bendiciones espirituales incondicionalmente, porque sabemos cuál es la voluntad de Dios respecto de nuestra vida espiritual. Pablo escribe: “La voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Ts. 4:3). Dios quiere que crezcamos: en la fe, en el amor, y en la vida santificada. Por eso, no tenemos que pedir esas cosas condicionalmente, diciendo, “no se haga mi voluntad, sino la tuya”.



Dios quiere que oremos condicionalmente por las bendiciones terrenales. Así, en la fe, ponemos el gobierno de nuestra vida en sus manos. Respecto de las bendiciones terrenales, no sabemos cuál es la voluntad de Dios, no sabemos si es su voluntad que seamos ricos o pobres, enfermos o sanos, etc. Le dejamos a Dios esas cosas, le llevamos nuestras peticiones con la confianza de que hará lo mejor para nosotros. Sabemos que él nos ama, porque dio a su Hijo para morir por nosotros y tenemos la seguridad de que hará lo mejor para nosotros (Ro. 8:32). Si un padre terrenal les da cosas buenas a sus hijos, cuánto más el Padre celestial nos dará lo mejor (Lc. 11:9-13). Así, cuando le pedimos a Dios bendiciones terrenales, nos ponemos por la fe en las manos de nuestro amoroso Padre celestial. Jesús lo hizo cuando oró al Padre para que pasara de él la cruz, si fuera posible (Lc. 22:42). El leproso lo hizo cuando le pidió a Jesús que lo sanara, si era su voluntad (Mt. 8:2).

Dios quiere que oremos confiando en que él oirá y responderá nuestras oraciones. Dios no quiere que oremos dudando que nos ayudará. Santiago escribe: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos” (1:5-8). Cuando alguien se acerca a Dios con la actitud de “no creo que ayude, pero estoy dispuesto a intentarlo todo”, no puede esperar que Dios responda su oración.

Algunos han dicho que la oración es como un cheque en blanco; solo hay que escribir la cantidad que quiere que Dios le dé. Eso es cierto, ninguna petición que hagamos es demasiado grande para nuestro Dios, pero se nos dice que pidamos condicionalmente las bendiciones terrenales. Así, dejamos los asuntos terrenales a la voluntad de Dios. Además, Pablo nos dice que Dios el Espíritu Santo distribuye sus dones como quiere. Por eso, el afirmar que el Espíritu Santo debe darnos los dones de hablar en lenguas y de sanar si se los pedimos, no está de acuerdo con la Escritura.

Además, los que dicen que Dios debe sanarnos si tenemos suficiente fe, no enseñan lo que enseña la Escritura. Los sanadores por fe no reconocen que puede ser que no sea la voluntad de Dios que alguien se sane. Se nos enseña a pedir las bendiciones terrenales de acuerdo con la voluntad de Dios. El apóstol Pablo le pidió tres veces a Dios que lo sanara; tres veces el Señor le dijo que no era su voluntad sanarlo. En vez de eso, Dios le dio a Pablo la fortaleza para soportar el problema que tenía (2 Co. 12:7-9).

Finalmente, no debemos orar por los muertos. La Escritura dice que las personas son juzgadas al morir (Heb. 9:27). Los que mueren como creyentes van al cielo, no necesitan nuestras oraciones, descansan en la gloria. Los que mueren como incrédulos van al infierno, nuestras oraciones no les pueden ayudar.

Dios responde la oración en el momento que él elije y a su manera

¿Responderá Dios cada oración del cristiano? El salmista responde: “Cercano está Jehová a todos los que le invocan, A todos los que le invocan de veras. Cumplirá el deseo de los que le temen; Oirá asimismo el clamor de ellos, y los salvará” (Sal. 145:18,19). Santiago señala que Dios respondió la oración de Elías para que retuviera la lluvia durante tres años en Israel (Stg. 5:17). Sí, Dios oye y responde las oraciones del cristiano.

Pero también debemos notar que Dios responde las oraciones en el momento que él determina. La madre de Jesús fue con él a las bodas de Caná; quiso que Jesús ayudara porque los anfitriones ya no tenían vino y Jesús respondió: “Aún no ha venido mi hora” (Jn. 2:4). Jesús ayudó, pero en el debido momento, Jesús no respondió de inmediato la oración de la mujer sirio-fenicia, al comienzo pareció ignorar su súplica; y le ayudó en el momento preciso (Mc. 7:24-30). El Señor no le dio alivio inmediato a Job de su miseria, le ayudó cuando llegó el momento.



El Señor ayuda también a su manera. Cuando le pedimos que quite un problema, puede ayudarnos en una de tres maneras: puede quitar el problema, puede permitir que siga el problema y nos da la fortaleza para soportarlo, como hizo en el caso de Pablo (2 Co. 12:9), o finalmente, el Señor también puede sacarnos del problema llevándonos a él en el cielo. Como observa Isaías: “Perece el justo, y no hay quien piense en ello; y los piadosos mueren, y no hay quien entienda que de delante de la aflicción es quitado el justo” (Is. 57:1).

Entonces, los cristianos pueden llevar sus peticiones a Dios con la seguridad de que él las oirá, y las responderá de la mejor manera y en el mejor momento.

~~~~~

